

CELESTE Y TERRESTRE
O
LAS DOS CORONAS GUADALUPANAS,
REFLEXIONES ACERCA DE LA DESAPARICION
DE LA CORONA EN LA BIAGEN
DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE,

Por Gabino Chávez, Abta.

Ita coronaberis ut et in caelis regina
sanctorum et in terris Regina sis reg-
norum. (*Rupert. Abb. in Cap. IV. v. 8.*
Cantic.)

Vos, Señora sereis coronada de ma-
nera que en el cielo seáis la reina de los
santos, y en la tierra seáis la reina de
todos los reinos. (*El Abad Ruperto.*)

BT660

.G8

CH33

c.2

de la Autoridad Eclesiástica.

MEXICO.

WILFRIDO HERRERO Y COMP.

San José el Real número. 3.

1895.

04

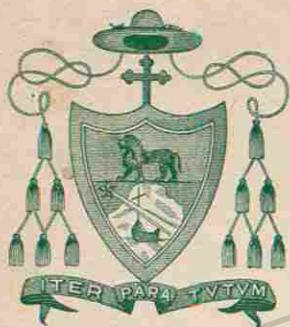
BT660

.G8

CH33

c.2

005304



1080026712

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

CELESTE Y TERRESTRE,

O LAS DOS CORONAS

GUADALUPANAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



Opúsculos guadalupanos del mismo autor.

—Novena y Visita á María Santísima de Guadalupe para rogar por la nación mexicana. (3ª edición 1889.)

—Visita á la Virgen María de Guadalupe (impresa aparte. 1893.)

—Mes de María guadalupano con oraciones, meditaciones, ejemplos é himnos de la misma advocación. (2ª edición. 1893.)

—Catecismo de controversia Guadalupana. La verdad de la aparición demostrada por los últimos ataques de sus enemigos. (2ª edición. 1893.)

—La Peregrinación guadalupana y las Hijas de María. Reflexiones, episodios, exeracto del sermón. (1893.)

—Nueva novena á la Virgen Santísima de Guadalupe en conformidad con el Oficio novísimo de su fiesta. (1895.)

—Catecismo popular de la coronación guadalupana. (2ª edición. 1895.)

—Importancia social de la coronación guadalupana. Discurso leído en una Velada literaria. (1895.)

CELESTE Y TERRESTRE

LAS DOS CORONAS GUADALUPANAS.

REFLEXIONES ACERCA DE LA DESAPARICION

DE LA CORONA EN LA IMAGEN

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE,

Por Gabino Chávez, Pbro.

Ita coronaberis ut et in cœlis regina sanctorum et in terris Regina sis regnorum. (*Rupert. Abb. in Cap. IV. v. 8. Cantic.*)

Vos, Señora sereis coronada de manera que en el cielo seais la reina de los santos, y en la tierra seais la reina de todos los reinos. (*El Abad Rupert.*)

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

MEXICO.

GUILLERMO HERRERO Y COMP.

1ª de San José el Real número. 3.

1895.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Talles

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42428

BT660

.68

Ch 33

PROTESTA.

Conformándonos gustosos á los decretos del Papa Urbano VIII, de 18 de Marzo de 1625, y de 5 de Junio de 1631, como también á los Decretos de la S. C. de Ritos, declaramos, que al llamar milagro á la desaparición de la corona en el lienzo guadalupano, no queremos de ningún modo anticipar el juicio de la Iglesia, ni solicitamos sino una fé humana, cual resulta de nuestras pruebas y testimonios.

G. Ch.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Friás y Soto.

Flor-baja núm. 12.



CELESTE Y TERRESTRE

LAS DOS CORONAS GUADALUPANAS.

CELESTE.

I

La coronación de María conforme á la Escritura.—Paseje del Cántico de los Cánticos.—Exposición de Alberto Magno.—Significación de los montes.

« Ven del Libano, esposa mia, ven del Libano, ven y serds coronada de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las guaridas de los leones y de los montes de los leopardos. (CANT. IV. 8.)

No podemos comenzar mejor nuestro nuevo trabajo en honor de la Virgen de Guadalupe, que con las palabras de la divina Escritura que hablan de la Coronación de la Madre de Dios. Y aunque en el sentido adecuado y literal se aplican á la Iglesia congregada de los cuatro vientos, significados por los cuatro montes que se nombran, y que se dice tener esa orienta-

005304

BT660

.68

Ch 33

PROTESTA.

Conformándonos gustosos á los decretos del Papa Urbano VIII, de 18 de Marzo de 1625, y de 5 de Junio de 1631, como también á los Decretos de la S. C. de Ritos, declaramos, que al llamar milagro á la desaparición de la corona en el lienzo guadalupano, no queremos de ningún modo anticipar el juicio de la Iglesia, ni solicitamos sino una fé humana, cual resulta de nuestras pruebas y testimonios.

G. Ch.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Friás y Soto.

Flor-baja núm. 12.



CELESTE Y TERRESTRE

LAS DOS CORONAS GUADALUPANAS.

CELESTE.

I

La coronación de María conforme á la Escritura.—Paseje del Cántico de los Cánticos.—Exposición de Alberto Magno.—Significación de los montes.

« Ven del Libano, esposa mia, ven del Libano, ven y serds coronada de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las guaridas de los leones y de los montes de los leopardos. (CANT. IV. 8.)

No podemos comenzar mejor nuestro nuevo trabajo en honor de la Virgen de Guadalupe, que con las palabras de la divina Escritura que hablan de la Coronación de la Madre de Dios. Y aunque en el sentido adecuado y literal se aplican á la Iglesia congregada de los cuatro vientos, significados por los cuatro montes que se nombran, y que se dice tener esa orienta-

005304

ción, y por las madrigueras de los leones y los montes de los leopardos, esto es, como entienden los santos Padres con san Atanasio, á los gentiles y los judíos, á los pecadores y á los herejes, furiosos los unos, y variados y dolosos los otros, á semejanza de esas fieras; no obstante, en el sentido principal, San Gerónimo, San Epifanio, el Abad Ruperto, y multitud de Doctores y oradores lo han aplicado bellamente á la Santísima Virgen. Oigamos siquiera al devoto y sapientísimo Alberto Magno cómo se explica en el particular.

«*Ven del Líbano.* ¿Por qué se la llama del Líbano? Porque según San Gerónimo, Líbano se interpreta blancura, candidez, porque María era blanca y pura por los multiplicados méritos de sus virtudes, y cándida como la nieve por los dones del Espíritu Santo de que fué colmada. Y por tanto, inmaculada, porque en nada jamás fué manchada.

«¿Y por qué tres veces en ese pasaje, se le dice, *ven!* Dicesele *ven*, porque el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, la llamaban para coronarla: el Padre, la cual pertenece el poder, para darle el premio debido á su humildad; el Hijo, que es sabiduría, (que no habita en un cuerpo sujeto á pecados,) para conferirle el premio de su virginidad; el Espíritu Santo, que es benignidad, para galardonar su ardiente caridad. Y por eso, la palabra *ven*, tres veces repetida, indica la Trinidad de las divinas Personas que con esa voz la invitan á la corona que le tienen en el cielo preparada.

«Mas ¿por qué razón ha de ser coronada la Virgen María?

Porque la justicia exigía que siendo el Hijo, Rey, se coronara por Reina á su Madre, ya que ella le había coronado con la humanidad como se dice en el Cántico: «Salid, hijas de Sión, y ved al rey Salomón con la diadema con que su madre le ha coronado.» (Cant. III. 11.)

«Y ¿por qué cuando en el Apocalipsis se le representa coronada de doce estrellas, aquí se dice que ha de ser coronada del Amaná, del Hermón y del Sanir, y de los leones y leopardos?

«Esto indica que las fieras de los pecadores, aun los que entre ellos son altaneros como la cima de esas montañas, por la gracia, y las oraciones de María, se truecan algún día en lucientes estrellas que gloriosamente la coronen.» Hasta aquí Alberto Magno en los Libros de la Excelencia de la Bienaventurada Virgen.

Mas ¿qué significa más en particular el monte Líbano?

Siendo una alta montaña coronada de nieve significa candor, pureza, y frescura, de suerte que indica hermosamente la Inmaculada Concepción de María, la pureza perpetua de su vida, la calma imperturbable de su espíritu. Y porque se deriva Líbano de una palabra hebrea que significa *incienso*, simboliza también la altísima contemplación de la Virgen soberana, y su elevada y continua oración.

¿Qué se dá á entender por las otras tres montañas?

Hermón, quiere decir, *cubierto de rocío*, y Sanir, *via de las lámparas*, por el rocío de la gracia, y la luz de inteligencia de que la Virgen Santísima estuvo

llena: otros interpretan Amana, *nodriza*, que indica la carne; Sanir, *novedad repetida*, que significa al mundo, y Hermón, *destrucción y Anatema*, que conviene al demonio; y así ser coronada María de estos montes, indica haber triunfado gloriosamente de los tres enemigos.

Tal es la corona celeste de la Virgen María, representada por la corona de su Imagen guadalupana.



La Imagen guadalupana tuvo corona.—Quince testimonios.—Lorenzana.—Nuevo argumento tomado del Oficio guadalupano.—La corona celeste.

Persona caracterizada ha habido, que aunque de un modo dubitativo, y seguramente en un momento de irreflección, llegó á insinuar que quizá la Imagen original nunca tuvo corona, aunque la tuvieron las copias. Este es un verdadero absurdo.

Primeramente, el antiguadalupano que atacó el milagro de la desaparición de la corona, no solo confiesa, sino aún prueba que la Imagen tuvo corona. En la publicación titulada, el «Grano de Arena,» correspondiente al día 8 de Diciembre, y en un artículo que reprodujo «El Tiempo» en la misma fecha, se cita el testimonio de Valeriano, que dice de la Guadalupeana: «tiene una dorada corona con sus rayos;» el de Miguel Sanchez: «con una corona real;» el del P. Pérez: «La corona real que asienta sobre el man-

to con puntas de oro sobre azul;» del P. Nieremberg: «cife la cabeza de la Imagen una corona de oro;» del P. Mateo de la Cruz: «Con una corona real que asienta sobre el manto;» del prelado romano Nicose-
li: «La cabeza está coronada con corona de oro imperial;» del P. Rosignoli: «En su cabeza una preciosísima corona;» del P. Castro: «ajusta diadema real . . . imperial de oro;» del Pbro. Cabrera: «muchas puntas de oro ú almenas son rayos de su corona;» de otro anónimo: «adornada con real corona;» del P. Lazcano, iguales palabras; del P. de la Fuente: «Real corona de oro adorna su cabeza;» del P. Oviedo, de Conde y Aquendo, de Carrillo y Pérez, que dicen otro tanto. En una nota al sermón del Illmo. Sr. Obispo de Yucatán, que se leyó el 12 de Octubre en la Colegiata, se alegan otros testimonios, entre ellos el del Sr. Lorenzana que en un sermón habla de la corona detenidamente, aplicándole lo de la corona de la mujer apocalíptica, y se cita al pintor Cabrera que detalló la corona.

Creemos pues, que la cosa es indubitable, y que sería fácil aducir otra multitud de testimonios, registrando los libros en que se haga la descripción de la Imagen, los versos en que se la canta, y aun las devociones con que se la honra. Mas nos parece á propósito aducir sólo otro testimonio, si nó de mayor claridad, sí de mayor autoridad por emanar de la misma Iglesia. En el oficio concedido por el Sr. Benedicto XIV, la lección sexta continúa un pasaje de San Bernardo, y dice así: «En su cabeza, (dice la Escritura,) corona de doce estrellas. Cabeza bien digna de ser

por ellas coronada, pues que más luciente que ellas, mas bien es quien las adorna. Mas ¿á qué coronar las estrellas á la que el mismo sol reviste? Como días de primavera rodeábanla las rosas y los lirios de los valles. ¿Quién podrá apreciar esas piedras preciosas? ¿Quién dará nombre á las estrellas de que está formada la diadema real de María? El exponer el modo de esta corona, y el indicar su composición, cosa es superior al hombre. Casi en esta figura se asegura haber apreciado en México la Imagen de la Madre de Dios, maravillosamente pintada en el año de 1531» etc.

Pregunto ahora: ¿sería posible aplicar el pasaje de San Bernardo en el que insiste tanto en la corona, diciendo que en esa figura, es decir, coronada, se apareció en México? Antes parece que la Corona llamó la atención como cosa muy principal. Y pues fué presentada al Sr. Benedicto XIV una copia exactísima de la Original, es claro que tanto en esa copia, como en la narración presentada, se vería la corona de la Virgen guadalupana. Y á ésta llamamos corona celeste, porque del cielo la trajo, del cielo son sus materiales, del cielo su manifestación, y simbolo ella misma de su corona gloriosa é inmortal.

No parece pues, que pueda haber duda en este hecho palpitante: «La imagen guadalupana por más de tres siglos estuvo coronada.»

III

No hay corona en la Imagen.—Los ojos.—Las fotografías.—Los testigos.—Formidable cuestión.—Argumento de los contrarios aceptado.—El tiempo y el clima.—La mano del hombre.—Siete razones.—El dedo de Dios.

Más he aquí otro hecho aún más palpitante, y aún más innegable que el precedente: «La Imagen guadalupana actualmente no tiene corona.»

Decimos que es más palpitante y más innegable, porque salta á la vista de quien quiera ver: la pintura original está allí ante los ojos de todos; la fotografía la ha reproducido ya varias veces, y esas copias circulan á millares: en ellas se ven los rayos salir por detrás de la virginal cabeza, pero no abrazándola ni coronándola, sino con una divergencia que aleja toda idea de una corona, ni aun de la aureola, pues dichos rayos no convergen hacia el centro de la cabeza, sino hacia el de la espalda.

Además, en la última traslación del lienzo prodigioso, se levantó una Acta en la cual consta, que numerosos testigos, personas todas honorables, dieron fé, después de inspeccionar muy de cerca y á plena luz la pintura, de que: «ni existía ninguna corona en ella ni habia traza ninguna de que la hubiera habido.»

Este testimonio es irrecusable, ó el testimonio humano no lo ha sido ni lo será jamás.

Ahora bien: entre estos dos hechos, claros, indiscutibles, no discutidos, se levanta esta cuestión formidable: ¿Cómo ha desaparecido la corona?

Aquí los adversarios han venido á ayudarnos con un magnífico argumento: Supuesto que hubo corona, y ya no existe, (dicen,) ó ha desaparecido por la acción del tiempo, ó por la del hombre, ó por la de Dios. Perfectamente. Sólo que tratan de probar que Dios no anda en ello, y que no siendo el tiempo ni el clima, es una mano profana la que ha borrado el símbolo augusto.

Mas por el contrario, se ha dicho por los creyentes, y lo repetimos: no ha sido ni la naturaleza ni el arte, quien ha borrado la corona; luego ha intervenido en ello la Divinidad. Que el tiempo y el clima no han producido la desaparición, es evidente, pues iría desapareciendo el conjunto, y no una parte sólo, y sobre todo, al desaparecer dejaría algún vestigio, ó un bosquejo apagado de lo que fué, ó un borrón más ó ménos informe; pero nada de esto se advierte: el manto, la frente, la cabeza, no ostentan huella ninguna; no se echa de ver la menor traza de corona existente, ó que haya existido, como lo afirman testigos de vista dignos de toda fé. Además, los antiguadalupanos lo admiten, y esto que son duros de admisión, pues todavía no admiten la aparición, y sueñan con su Tomás de Aquino Cipac. No fué, pues, la acción de la naturaleza la que borró la corona guadalupana; no fueron ni el tiempo ni el clima las causas determinantes de ese fenómeno.

Mucho menos lo causaron las manos del hombre.

Lo primero por ser imposible el acceso fraudulento á la pintura, bien guardada por buenas manos, y con buenas llaves. Lo segundo, porque esta operación requería tiempo, medios y comodidades, cosas imposibles de procurarse sin ser notado. Lo tercero, porque no es creíble que nadie cometiera un atentado tan estúpido, tan sin fruto y tan sin resultado.

¿A quién aprovecharía tal hechura?

Lo cuarto, porque es imposible que rascado el lienzo con algún instrumento, ó empapado con alguna sustancia corrosiva, no mostrara señales de esa operación incapaces de no ser percibidas.

Lo quinto, porque quitada la corona, habría que suplir la parte deficiente, igualando los rayos laterales, el color del manto ó cabellera, etc., cosa imposible de practicar, ni por el más hábil pintor, en una tela tosca y antiquísima, sin dejar huellas marcadas, que denunciases el remiendo desde luego.

Lo sexto, porque teniendo que intervenir precisamente varias personas en estas delicadas operaciones, imposible sería guardar el secreto, y la cosa pronto llegaría á ser pública con gran deshonra del osado malhechor.

Lo séptimo, porque la persona á quien se ha querido atribuir tal profanación, no sólo lo desmiente formalmente, sino que promete seis mil pesos á quien demuestre lo contrario, conociendo de ello un tribunal compuesto de enemigos, pero caballeros. Si alzan el guante los antiguadalupanos, serán confusamente derrotados; si no lo levantan, es confesarse de antemano vencidos. No hay ya lugar á nuevas discusio-

nes: apuestas cortan disputas, como atinadamente dice nuestro pueblo.

No fué, pues, la mano del hombre la que anduvo en este negocio.

No fueron tampoco, ni el tiempo ni el clima.

Luego fué la mano de Dios. *«Digitus Dei est hic.»*

¿Cuándo faltó la corona?—¿Se puede inquirir el por qué del prodigio?—*La afirmativa.—Primer motivo.—La gloria de Dios.—2º la ceguera de los soberbios.—3º El prodigio de cada siglo.—4º La confirmación de la aparición.—5º La confusión de los enemigos.—6º El consuelo de los amigos.*

¿Cuándo precisamente desapareció la corona en la Imagen guadalupana?

Se ignora; pero antes del año de 1884, el P. Gonzalo Carrasco, reputado pintor, sacó una copia de la original, la cual carece ya de la corona. Nueva prueba de que no la borró alguien con motivo de la coronación, en la que no se pensó hasta en 1886, ni se empezó á promover hasta un año después. Debemos por tanto confesar que el dedo de Dios está aquí, y las objeciones que se oponen son lastimosas, pues suponen que la Divinidad puede hacer desaparecer el color de una superficie, sin poder poner otro en su lugar, como si en Lourdes no estuvieran sanando instantáneamente las llagas, restaurándose juntamente la piel que debe sucederles!

Mas ¿cuál pudo ser el designio de su Divina Majestad al hacer que desapareciese aquella corona?

A esta pregunta responde el artículo del «Grano de Arena»: «No debemos presumir llegar á saberlo, ni aun siquiera pretender averiguarlo, porque esto sería una criminal curiosidad que pudiera costarnos muy cara: *«El que escudriña la Majestad será oprimido por la gloria,»* dice el Espíritu Santo: «A Dios no se le pide cuenta de sus adorables disposiciones.»

Nos permitimos disentir en este punto del juicioso escritor. Creemos que se puede pretender averiguarlo, sin ser curiosidad criminal, sino antes devoto afecto, para alabar á Dios y agradecer más sus favores. El investigar humildemente las cosas de Dios, no es pedirle cuenta de sus disposiciones, pues Santo Tomás y otros teólogos no hicieron otra cosa. Y si el Espíritu Santo dice que el que escudriña la Majestad será oprimido por la gloria; pero además de que en el hebreo, reconocen ahora los modernos un sentido muy distinto, pues traducen: «La investigación de cosas graves, es honor,» ó bien, «molestia;» mas aun estando, (como debemos estar,) al sentido de la Vulgata, bien podemos investigar el por qué de las obras de Dios, dice San Bernardo: «no temais la amenaza de la Escritura contra los escudriñadores de la Majestad, pues trayendo recta y sencilla intención, no sereis oprimidos por la gloria. Ni se escudriña la Majestad de Dios sino su voluntad, siendo temeroso el escrutinio de aquella, pero el de ésta, tan seguro como piadoso.» (*Sermón 62 in Cantic.*)

Y sabido es lo que de los milagros de Jesucristo

dice San Agustín, que «no sólo hacía milagros por hacerlos, sino para que los que hacía, admirables á quienes los miraban, fuesen verdaderos para los que los entendían: que unos sólo admiraban los prodigios, mas otros, además de admirarlos, poseían su inteligencia; y tales debemos ser en la escuela de Cristo.»

(Serm. 44. de verb. Dom.)

Así pues, procurando adquirir la inteligencia del prodigio, sin temer la amenaza de la Escritura, con recta y sencilla intención, buscando sólo la gloria de Dios y no la propia, humildemente arrodillados ante una Imagen guadalupana, y trabajando para aquella, «en la cual los que trabajan no pecarán,» (Eccli. XXIV. 30.) sin curiosidad criminal, sino con piadoso afecto, tratemos de averiguar por qué Dios pudo permitir que desapareciera la corona celeste de la Virgen de Guadalupe.

El primer motivo es irrecusable, pues nos lo revela el mismo Jesucristo.

Cuando curó el Salvador al ciego de nacimiento, le preguntaban los Apóstoles: «Señor, ¿quién fué el que pecó, éste ó sus padres, para que haya nacido ciego?» (Joan. IX. 2.) Y el Señor les respondió: «ni éste ni sus padres han pecado, sino para que se manifiesten las obras de Dios en él.» Y sanó al ciego poniéndole lodo en los ojos, y mandándole lavarse en la fuente de Siloe. Notan aquí los Padres que muchas obras de Dios se manifestaron en ese milagro, á saber, que el que nació sin ojos tuviese ojos; que recibiese la vista; que esto fuese por el lodo, más propio, dice Santo Tomás, para quitársela que para dársela;

que juntamente se le comunicase luz interior para conocer y confesar al Mesías. Y se le mandó ir á lavarse á la fuente de Siloe, para que atravesando por las calles de Jerusalén fuese visto por todos con el lodo en los ojos, y de este modo se admirase el milagro y se conociera á Jesús como el Mesías. Y por esto dijo el Señor: «A mí me conviene operar las obras del que me ha enviado:» (Joan. IX. 4.) esto es, como dice el doctísimo Silveyra, «me conviene obrar milagros, llamar á los hombres á la fé, instruirlos y darles la gracia.» Y significaba además con ese hecho, la iluminación del género humano, ciego con la idolatría, por la fé en la encarnación, (tierra con saliva,) y su curación, por el bautismo, (aguas de Siloe.)

¿Por qué no diremos, pues, que el prodigio de la desaparición de la corona es dispuesto por Dios para manifestación de sus obras, para atraer á los hombres á la fé, ó reavivarla en los que la tienen debilitada, para que le reconozcan por el Dios poderoso, que sólo hace maravillas, para que todos vean con sus ojos el signo que está á la vista de todos, y viéndolo digan como el ciego del milagro: Creo, Señor, y postrándose le adoren?

Primer motivo: la manifestación de las obras de Dios.

Mas pasemos al segundo. «Y dijo Jesús,» adorado por el ciego: «Para el juicio he venido yo al mundo, para que los que no ven, vean, y los que vean, se hagan ciegos.» (v. 39.) Esto dijo Jesucristo después del milagro del ciego de nacimiento, significando que el prodigio al mismo tiempo serviría para dar luz á los humildes, y para cegar y deslumbrar á los sober-

bios que se creen ser sabios y videntes, lo cual entendieron muy bien los fariseos, que le dijeron: «¿acaso nosotros somos ciegos?» es decir esos hechos ciegos de qué hablas?»

Y este es otro motivo, entendámoslo bien, permisivo y no efectivo, del prodigio de la corona desvanecida: «que los que ven se hagan ciegos,» y se cumpla lo que dice Isaías y cita San Juan: «Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, para que con los ojos no vean, y con el corazón no entiendan, y se conviertan y yo los sane.» (Joan. XII. 40.) Es decir, que Dios en su terrible justicia permite que con la luz del milagro se cieguen, y con su virtud se endurezcan más sus enemigos, como se lee de Faraón, y de estos fariseos á los que dijo Cristo: «Ahora decís: que vemos! Vuestro pecado permanece,» (v. últ.) es decir, permaneceréis en vuestra ceguedad y obstinación hasta el fin. Muy triste es, pues, el decirlo; pero el prodigio de la corona desaparecida, sirve, en los designios de Dios á la manifestación de su justicia en los incrédulos é impíos, en los falsos sabios del mundo que creen ver, y nada ven.

Segundo motivo, (permisivo,) la ceguedad de los soberbios.»

El tercero lo expondremos con las palabras de un notable escritor guadalupano.

“La experiencia ha hecho conocer, que además de ser manantial de prodigiosas misericordias, la Virgen Santísima se ha servido confirmar la verdad de su aparición obrando en cada siglo algún público y solemne milagro; por lo cual creen algunos piadosos

corazones, que no perecerá este siglo sin algún milagro estupendo de la Santísima Virgen de Guadalupe. Algunas almas devotas se han fijado ya en que desde que se comenzó á tratar de la coronación de la maravillosa imagen, (1) ha desaparecido la corona que antes se veía en ella, del modo más singular é inexplicable. Que la santa Imagen tenía corona es indudable, pues consta por testimonio explícito de Cabrera y demas pintores que con él la examinaron, por las muchas cópias sacadas de ella, y porque muchos de los que viven la han visto. Sin que se sepa cómo, ni cuando, la corona ha desaparecido, y lo prodigioso es que no han desaparecido los rayos que estaban detrás de ella, lo que tratándose de una pintura sobre una superficie plana, no sólo es inexplicable, sino materialmente imposible. . . . » (*J. de J. Cuevas. La Santísima Virgen de Guadalupe. § XLIV.*) Esto se escribió en 1887, han pasado cerca de nueve años, el siglo solo aguarda unos cuatro para terminar, y no habiéndose verificado otro prodigio público y solemne en este tiempo, bien podemos mirar en la desaparición de la corona, el milagro grande que cada siglo se verifica para confirmar la fé en la maravillosa aparición.

Tercer motivo: la continuación del milagro de cada siglo.

Por otra parte, se ha combatido la aparición guadalupana con un empeño incomparable: se han registrado las bibliotecas, se han hojeado los viejos per-

(1) Ya vimos que dos años antes había desaparecido, en 1884.

gaminos, se ha ocurrido con delectación á fuentes impuras, como infectas de jansenismo, se ha querido emplear la lengua de la Iglesia para hacerse oír por todas partes: los antiguadalupanos se han unido en monstruosa alianza: católicos y protestantes, y masones é incrédulos con cristianos, todos han combatido atacando con denuedo, hasta con rabia; se ha procurado impedir la coronación; se ha intentado apagar la fé en el prodigio, se han esgrimido todas las armas: el sarcasmo, la calumnia, el insulto y la diatriba, la sátira y la caricatura; se han mandado hasta Roma las objeciones hacinadas durante muchos años para impedir la concesión del nuevo Oficio; se han negado descaradamente todas las circunstancias prodigiosas de la Imagen guadalupana: «el lienzo no es tosco sino liso; su duración no es admirable sino muy sencilla, su figura no es hermosa sino fea; el *non fecit taliter* no fué dicho por el Pontífice Benedicto, en fin la pintura no es celestial sino humana; no la hicieron los ángeles sino Cipac!» ¿No parece que Dios debería levantarse para confundir á sus enemigos, y hacerlos desvanecer á su presencia como la cera ante el fuego? ¿No era conveniente que el Señor que está obrando tantas maravillas para glorificar á su divina Madre en Lourdes, en Pompeya y en otras partes, hiciese alguna para vindicarla en México de la persecución de sus enemigos? Si, Dios debía esto á su augusta Madre, aumentando su gloria á proporción que la han querido deprimir sus adversarios.

Cuarto motivo: la confusión y derrota de los enemigos de María.

El siguiente es del mismo género: alentar, alegrar y recompensar á sus amigos; así ven que no han trabajado en vano: que el cielo ha bendecido sus empresas: que el brazo del Señor no se ha acortado: que se compadece de las persecuciones que toleran los suyos, y que premia á los hombres de buena voluntad que gustosos trabajan por la gloria de su Madre y sufren por ella las calumnias y los insultos de los malos.

Quinto motivo, el consuelo y aliento de los amigos.

Añadamos que así como con el gran milagro de la Resurrección, puso el Señor el sello á todos sus milagros, y confirmó la fé en su Divinidad asentándola sobre esa base indestructible, de modo que toda la verdad del cristianismo se puede demostrar y aún se ha demostrada ya, por el sólo portento de la Resurrección, así podemos ver el prodigio de la desaparición de la corona del lienzo guadalupano como una confirmación de los prodigios anteriores: la pintura en tosco ayate, la viveza de los colores y la conservación de la tela al través de tres y medio siglos: todo eso es verdad, pues en el mismo lienzo se verifica una nueva maravilla: desaparece la corona, el manto se completa, los rayos de los lados salen tras la cabeza; y todos lo miran, todos lo palpan, los padres han visto la corona de diez enhiestos rayos posados sobre dorado cerco y rodeando blandamente el manto virginal, y los hijos ven todo eso desaparecido sin dejar la menor muestra de su anterior presencia. *Est mirabile in oculis nostris*. Maravilla patente á nuestros ojos!

Digamos pues: Sexto motivo: la confirmación de las maravillas de la Imagen Guadalupana.

El Sr. Cuevas al narrar el suceso que nos ocupa ha dicho en tono interrogatorio: «¿Es este un elocuente prodigio con que la Virgen Santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla las razas mexicanas? Este prodigio prepara el otro milagro de que después de ser coronada por sus hijos reaparezca con nuevo brillo la corona que antes tenía? Mientras la sabiduría de los prelados no hable, á los fieles toca esperar con temor y temblor el prodigio de Aquella á quien los siglos y las generaciones han llamado Virgen poderosa y Virgen misericordiosa.» (*Id. ibid.*)

TERRESTRE!

*Respuesta á estas preguntas.—Razones generales.—
La séptima especial.—Por qué?*

El ingenio y la piedad se reunieron en el escritor católico para encontrar la verdad. No sabemos si los Prelados creerán hacer oír su voz en este asunto, ni conocemos sus enseñanzas en el caso; pero conocemos que la razón, iluminada por la fé, se siente arrastrada á dar una respuesta afirmativa á la primera pregunta. Sí; la desaparición de la corona es un prodigio con que la Virgen santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla, y de hecho la han coronado, las razas mexicanas. Si aca-

so después de ésto, haya de reaparecer la corona, no lo creemos, porque perpetuamente tendrá la que sus hijos le han colocado.

Los seis motivos expuestos son en cierto modo generales y comunes á todos los milagros, pues es claro que todos se hacen para manifestación de las obras de Dios, para firmeza de la fé, para consuelo de los buenos y confusión de los malos; mas el séptimo motivo, que acabamos de indicar, es especialísimo, y por decirlo así, característico de esta maravilla. Procuraremos por tanto entenderlo bien.

Ya se ha dicho por espíritus piadosos: «la Virgen de Guadalupe dejó su antigua corona, por recibir la nueva que sus hijos le preparan;» mas no se ha insistido en ello, y se ha dejado pasar la idea, como una piadosa consideración sin subsistencia. Mas aquí la piedad ha atinado con la verdad, y la idea merece fijar la atención de los hombres juiciosos y de los espíritus reflexivos. La Virgen María dijo á Juan, su electo mensajero: «aquí me mostraré madre amorosa de cuantos me invocaren.» Ahora bien; como la Virgen es fidelísima en sus promesas, y sus palabras deben ser eminentemente verdaderas, de ahí es que con entera justicia podemos atribuirle los sentimientos de una madre, y sobre todo, de una madre tierna y amorosa. Supongamos, pues, que una noble y rica matrona, rodeada de numerosos hijos que entrañablemente la aman, llega á saber que éstos le preparan como un obsequio para el día de su cumpleaños un hermoso aderezo, para engalanar su cabeza: ella lleva ya otro, mucho más rico y más precioso que su

El Sr. Cuevas al narrar el suceso que nos ocupa ha dicho en tono interrogatorio: «¿Es este un elocuente prodigio con que la Virgen Santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla las razas mexicanas? Este prodigio prepara el otro milagro de que después de ser coronada por sus hijos reaparezca con nuevo brillo la corona que antes tenía? Mientras la sabiduría de los prelados no hable, á los fieles toca esperar con temor y temblor el prodigio de Aquella á quien los siglos y las generaciones han llamado Virgen poderosa y Virgen misericordiosa.» (*Id. ibid.*)

TERRESTRE!

*Respuesta á estas preguntas.—Razones generales.—
La séptima especial.—Por qué?*

El ingenio y la piedad se reunieron en el escritor católico para encontrar la verdad. No sabemos si los Prelados creerán hacer oír su voz en este asunto, ni conocemos sus enseñanzas en el caso; pero conocemos que la razón, iluminada por la fé, se siente arrastrada á dar una respuesta afirmativa á la primera pregunta. Sí; la desaparición de la corona es un prodigio con que la Virgen santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla, y de hecho la han coronado, las razas mexicanas. Si aca-

so después de ésto, haya de reaparecer la corona, no lo creemos, porque perpetuamente tendrá la que sus hijos le han colocado.

Los seis motivos expuestos son en cierto modo generales y comunes á todos los milagros, pues es claro que todos se hacen para manifestación de las obras de Dios, para firmeza de la fé, para consuelo de los buenos y confusión de los malos; mas el séptimo motivo, que acabamos de indicar, es especialísimo, y por decirlo así, característico de esta maravilla. Procuraremos por tanto entenderlo bien.

Ya se ha dicho por espíritus piadosos: «la Virgen de Guadalupe dejó su antigua corona, por recibir la nueva que sus hijos le preparan;» mas no se ha insistido en ello, y se ha dejado pasar la idea, como una piadosa consideración sin subsistencia. Mas aquí la piedad ha atinado con la verdad, y la idea merece fijar la atención de los hombres juiciosos y de los espíritus reflexivos. La Virgen María dijo á Juan, su electo mensajero: «aquí me mostraré madre amorosa de cuantos me invocaren.» Ahora bien; como la Virgen es fidelísima en sus promesas, y sus palabras deben ser eminentemente verdaderas, de ahí es que con entera justicia podemos atribuirle los sentimientos de una madre, y sobre todo, de una madre tierna y amorosa. Supongamos, pues, que una noble y rica matrona, rodeada de numerosos hijos que entrañablemente la aman, llega á saber que éstos le preparan como un obsequio para el día de su cumpleaños un hermoso aderezo, para engalanar su cabeza: ella lleva ya otro, mucho más rico y más precioso que su

esposo le dió para el día de sus bodas, y que ella porta siempre como prenda de amor de su querido consorte. Cuando llega el día del obsequio filial, ¿no dejará con fineza esta madre su preciada joya para adornarse con la que sus hijos vienen á obsequiarla? Aun cuando pudiera llevar á un tiempo entrambas ¿no muestra mayor cariño y más fineza dejando por entonces la primera aunque más rica, para significar cuánto aprecia el regalo de sus hijos? Indudable és; y así vemos que acaece en coyunturas semejantes. Tiénese aun por incivildad, el no lucir alguna joya ó vestidura que se recibe en obsequio, y esto, recientemente recibida.

Si la Virgen María, si la Madre de Dios es la misma fineza, y si prometió mostrarse madre amorosa en su templo, ahora que su basilica se ha engrandecido y hermoseedo, ahora que sus hijos le iban á preparar una rica corona, aunque inmensamente inferior á su corona celeste, cuanto la tierra es inferior al cielo; cuando su pueblo fiel, su México querida, rebozando de entusiasmo le adereza la magnífica joya; ¿no parece que la tierna Guadalupana, debería de quitarse su corona de rayos de oro, para recibir la que sus hijos le dedicaban? Innegable nos parece esta fineza, en el corazón de una Madre como ella. Y esto se confirma con dos circunstancias notables del prodigio: ¿por qué no desapareció la corona en el pasado siglo, ó en la primera mitad del presente? Porque aun no llegaba la época de la coronación; los desdones y las negaciones, los insultos y las burlas de los enemigos, aun no llegaban á su colmo, para

excitar la fé y el amor de sus amigos, y hacerlos pensar en esa dulce compensación para su Reina y su Madre. Llegada la época, verificase el prodigio, como para hacer notar la relación que media entre ambos.

Mas ¿por qué no se desvanece la corona en los años mismos de la preparación de la corona? Era para callar la boca de los impíos, que dudarian de ese milagro, como dudan de la aparición, y no dejarían de atribuir á la mano del hombre lo que sólo obrara el dedo de Dios. Que si aún desapareciendo la corona antes que nadie pensase en la coronación, todavía se ha osado suponerla efecto de una superchería ó de un atentado; pero la prueba del tiempo en que se verificó, prueba perentoria, como hemos visto, basta para convencer á todo espíritu recto, y para hacer enmudecer y confundir á los adversarios. Repetimos, pues, la corona desapareció hacia la época de la coronación, y no antes, para mostrar que la bendita Virgen aceptaba la ofrenda de sus hijos; desapareció un poco antes del principio de esa empresa, para que no se dudase que la mano de Dios andaba en ello, y no se viese nadie tentado á atribuirlo á la acción de los hombres. Pero; ¿reaparecerá la antigua corona de dorados rayos con nuevo brillo, como se pregunta? No es fácil conjeturarlo; parécenos que la nueva corona terrestre, ya preciosa por sus materiales y por su artificio, lo es demasiado por su simbolismo, y no ha menester ser suplida ó ayudada por otra á magnificar á la Reina Guadalupana. Veamos, si nó las grandezas y excelencias que simboliza.

La corona terrestre.—1. Símbolo de perfección.—2. De victoria.—3. De regocijo.—4. De soberanía.—5. De fecundidad.—6. De gloria.—7. De reconocimiento.

A la corona desaparecida de la Imagen portentosa, la llamamos celeste, por sus materiales, y sus artifices, todos del cielo. A la corona de oro y piedras preciosas, materiales de la tierra, y por humanos artifices fabricada, la llamamos corona terrestre. ¿Puede ésta, sin desventaja, reemplazar á la primera? Creemos que sí, pues las razones porque en la tierra se imponen las coronas, militan todas en favor de la Imagen guadalupana, y engrandecen y ensalzan á la Madre de Dios.

Primeramente, la corona es símbolo de perfección: se corona á un artista que produce una obra acabada, se llama coronar una obra ó una empresa cuando se lleva á su total complemento, ó su final remate, y á su cabal perfeccionamiento. Y aún por eso la corona es redonda; la figura circular sin quiebras ni ángulos, sin admitir disminución ó aumento, es señal de perfección, así como careciendo de extremos, es símbolo de perpetuidad y eternidad. Así, el anillo, cerrado, es prenda de amor, como sentimiento puro y perfecto, y el anillo esponsalicio, antiquísimo y aún durable en las ceremonias del matrimonio, es indicio de perpetuidad, indisolubilidad, y paz sin mengua.

La Madre de Dios es perfectísima criatura; la Imagen guadalupana es una perfecta pintura, ya por su

origen portentoso, ya por su belleza arrebatadora, por ese encanto que derrama en torno suyo, y esa delicia sentida, pero no explicable, que difunde en los corazones. Su vista entenece, comueve, emociona, hasta hacer derramar muchas veces copiosas lágrimas á quien la contempla. Pues bien; la corona simboliza su perfección y su hermosura.

En segundo lugar, la corona es símbolo de triunfo y de victoria. Sabido es cuan gloriosamente coronaba Roma á sus generales triunfadores, y el Apóstol San Pablo nos habla de la corona que recibían los vencedores en las carreras y otros juegos olímpicos. (1. Cor. IX.) La Virgen santísima, en su advocación de Guadalupe, triunfó, en su venida, de la idolatría, tan profundamente arraigada en las razas indígenas; conforme á una de las significaciones de su nombre, triunfó de los demonios, «ahuyentando á los que nos devoraban,» y plantando sus reales, en el mismo sitio, donde el demonio, tomando el nombre de Madre de Dios, atraía las muchedumbres y engañaba á los pueblos; triunfa del protestantismo, que rodeado de medios humanos, y pagando á buen precio la apostasía, habría hecho innumerables víctimas, á no ser por la protección de la Virgen, que hace se conserve viva la fé en medio de la heregía, como del espiritismo, y otros modernos errores; ha triunfado de sus enemigos que han hecho una guerra tremenda á la verdad de su aparición, á la amplificación de su templo, á las empresas de sus amigos, á su coronación, y ahora siguen haciéndosela al prodigio de su fineza y de su amor maternal. Mas Ella de todo

ha triunfado, y por eso ha sido coronada con corona de victoria, y de gloriosísimo trofeo.

En tercer lugar, la corona es simbolo de regocijo. La Sagrada Escritura nos muestra á los mundanos coronándose en sus fiestas y placeres con coronas de rosas, (*Sap. II. 8.*) y en el Libro de los Macabeos se refiere cómo obligaban á los israelitas, á rodear á Baco, coronados de yedra, (*2. Mac. VI. 7.*) en señal de regocijo en el natalicio del Rey.

La Virgen Santísima es saludada por toda la Iglesia con el título de «causa de nuestra alegría,» y la Guadalupana es en particular la alegría de nuestro suelo, ya porque como Judit, vencido Holofernes y libertada la ciudad, merece ser aclamada (y se la aclama en el Oficio novísimo,) la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo, (*5^a año laud.*) ya porque, como Ester, llamada también Edissa, que quiere decir, «la de mirto,» porque el mirto es simbolo de alegría, y se repartía en los convites para regalo por su aroma, nuestra Virgen de Guadalupe deleita y encanta como aroma suavísimo á los que la contemplan; ella ha serenado millares de semblantes entristecidos; ha calmado hondísimas penas; ha enjugado amarguísimas lágrimas, y ha restituido la *alegría del Salvador*, á muchas almas manchadas; y así ella ha sido coronada con corona de gozo, de contento y de júbilo santo; y el regocijo de sus hijos al coronarla, no ha podido menos de estallar en su basílica, aplaudiéndola á voces y batiendo palmas, en un raptó de entusiasmo incoercible.

En cuarto lugar, y muy principalmente; la corona

era simbolo de soberanía, y de dignidad real. En los primeros tiempos solo los dioses se coronaban, y después se extendió la corona á los príncipes y reyes, como representantes de la Divinidad, y poseyendo el dominio de los pueblos y naciones. Así se lee en el capítulo cuarto del Libro de Judit, que los magnates y los príncipes de las ciudades, temerosos de Holofernes, generalísimo del ejército y representante del Rey de los asirios, salían á recibirle *con lámparas y con coronas*, tratándole como á soberano y poniéndose bajo su dominio. Y dos capítulos después, narra como Mardoqueo fué paseado en triunfo coronado de una diadema, con aparato real, tal vez con la corona de rayos á semejanza de los del sol, como la usaban los reyes de Persia. Pues aquí, á la Virgen augustísima, que si no es Dios, es mayor que todo cuanto no es Dios, y la más allegada á la Divinidad, y que *toca sus confines*, como dice el Angel de las escuelas, y por tanto como á Madre de Dios, y Reina de lo creado, se le debe corona de realeza y de soberanía. Y por eso ante esa Imagen tomaban los Vireyes las insignias de su mando, y en el día de la coronación, los Prelados, Príncipes de la Iglesia, presentaron sus báculos y sus mitras, cetros y coronas del gobierno eclesiástico, ante la Virgen de Guadalupe, reconociéndola por Reina y soberana. Y coronarla por Reina, es declarar á Jesús su Hijo, Rey, y afirmar su reinado social, hoy tan combatido por los gobiernos y los masones; por lo cual la coronación fué el blanco de la saña de los sectarios, y de las burlas de los impíos que lograron al principio im-

pedirla, aunque Dios hizo que ello tornáse en mayor gloria de su Madre, y mayor entusiasmo de su pueblo fiel y de sus hijos.

En quinto lugar: coronábanse antiguamente las esposas, en señal de abundancia y de fecundidad, por lo cual se dice en los Proverbios, que «la mujer diligente es corona para su esposo,» *Prov. XII. 4.*) y en los Salmos: «tus hijos como renuevos de olivos, coronando tu mesa,» (*Psalm. CXXVII.*) cual si dijese: con la bendición del Señor, procrearás muchos hijos insignes, y los educarás en toda virtud, los que te cercarán y abrazarán como una corona. (*Alapid.*) La Virgen de Guadalupe ha proporcionado á su Hijo Jesús ésta corona de muchos millones de fieles que le reconocen y adoran como su Dios, y el Señor en recompensa ha querido que esta Esposa inmensamente fecunda, sea coronada con tierno amor por sus hijos. Nadie duda que la regeneración de estos pueblos por el Bautismo, así como su iluminación por medio de la fé, se deben á la venida de la Virgen Santísima; y nada más justo que el que su pueblo la corone, reconociendo que sin ella ni habría recibido la corona de la gracia, ni podría aspirar á la corona de la gloria.

En sexto lugar; la corona es insignia de gloria y majestad. «De gloria y honor le habeis coronado,» dice el Salmo, del Eterno Padre, coronando á Jesús su único Hijo, (*Psalm. VIII. 6.*) y la mujer del Apocalipsis, ó sea la Virgen María, se vió coronada de doce estrellas, soles refulgentísimos, para significar la luz inmensa de que en el cielo está rodeada; y los hom-

bres la coronamos acá en la tierra con el oro refulgente, y con las piedras lucientes, y los brillantes que deben su nombre al brillo que despiden, y vienen á ser como pequellas estrellas terrestres. Así la corona terrestre que le ciñen los hombres, imita en lo posible la corona celeste con que el Señor Dios la ha coronado en la gloria.

Finalmente: la corona es símbolo de gratitud, y homenaje de reconocimiento y recompensa. Los veinticuatro ancianos del Apocalipsis se quitan de la cabeza las coronas, (*Apoc. IV. 12.*) para presentarlas al Cordero como homenaje de amor y gratitud, y como reconociendo que á Él las deben, y que es el sólo digno de ceñirlas. Así las hijas de México han cedido gustosas sus halajas para formar la corona guadalupana, como en otro tiempo las hijas de Israel ofrecían alegres las suyas para el adorno del Arca de la Alianza. Y toda la nación, desde sus confines más remotos ha cooperado con su óbolo para esas obras, y la corona viene á ser el símbolo del amor, de la gratitud, del cariño filial de los mexicanos para con su Madre. ¡Cómo no dejaría ella gustosa su corona de rayos dorados, aunque angélica, para recibir la corona, terrestre, pero afectuosa y cordial que le presentaban sus hijos! Ante tantos y tan preciosos símbolos de esta corona, ¿no se hace demasiado creíble el portento de la desaparición de la antigua? Para nosotros es indudable!

Mas si la una y la otra son gloriosas, el pasaje del Cántico que nos habla de la corona celeste, ¿no nos diría algo también de la terrestre?

Escudriñemos, conforme al consejo de Cristo, (Joan. V. 39.) las Escrituras.

«Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven y serás coronada de la cima del Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las madrigueras de los leones y de los montes de los leopardos.» (Cant. IV. 8.)

Aquí el Líbano, monte de candidez y de blancura, es el cielo, monte santo, ciudad de Dios, en la cual nada manchado tiene cabida; dos veces la llama el Esposo divino del Líbano del empíreo: «ven del Líbano, ven del Líbano;» la primera cuando bajó al Tepeyac y fué coronada con rayos luminosos; la segunda, á los 364 años después, invitada á recibir la segunda corona de sus hijos, depuesta ya con maternal fineza la primera.

¿Más qué significan las tres montañas, Amana, Sanir y Hermón? ¿Qué significan los leones y los leopardos? Oigamos á los Padres y á los Doctores. San Gregorio Papa, dice que los leones son los demonios, y los leopardos los herejes y sectarios siempre versátiles en sus erróneas doctrinas. En cuanto al Amana, los Setenta Intérpretes traducen, *del principio de la fé*; y el doctísimo Alapide: «*de fide plantata,*» de la plantación de la fé. Sanir significa el *diente de la lámpara*, por los predicadores resplandecientes con la luz de la doctrina, como masticando á los pueblos, para incorporarlos al cuerpo místico de Jesucristo. Hermón quiere decir *anatema*, porque se dedicó al Señor y se consagró y santificó la Iglesia de los gentiles, dando muerte á la infidelidad, á los vicios y al demo-

nio para hacer vivir en ellas la fé, las virtudes y á Jesucristo. (*Alap. hic.*)

¿Y quién no vé cuán admirablemente conviene todo ello á la Virgen Santísima de Guadalupe? Ella merece ser coronada del Amana, porque cooperó en su venida al principio de la fé, y á la plantación del Evangelio en medio de nosotros; debe ser coronada del Sanir, porque ella dió fuerza á aquellos *dientes de lámpara*, á aquellos hombres apostólicos hijos del Seráfico Padre San Francisco que quebrantaron con su fortaleza á aquellos duros corazones, é iluminaron á aquellas tenebrosas inteligencias con la luz de su doctrina. Ella es llamada á ser coronada del Hermón, anatema ó exterminio, porque exterminó á los que nos comían, y venció al demonio que allí tenía su asiento, y extirpó la idolatría con todos los vicios que le son consiguientes. Ella ha de coronarse *de las cuevas de los leones*, porque aquellos sitios estaban infestados por los demonios, que como leones rugientes daban vueltas doborando á los pobres indios; y de los montes de los leopardos, por los sectarios y herejes, incrédulos é impíos que en lo de adelante, y especialmente en nuestros tiempos, con la variedad de sus doctrinas, en la versatilidad de sus opiniones y sistemas, desde los montes de sus pretendidas ciencias, acometen á dentelladas al rebaño de Jesucristo.

Así, la corona que le han impuesto sus hijos es simbólica, grandiosa, sublime, indicada en el Cántico sagrado con colorido tal, que es imposible desconocerla.

¡Cuán bella pues, cuán magnífica y gloriosa es también la corona terrestre guadalupana!

Timidez del milagro.—Incrédulos.—Creyentes.—María Milagrosa.—Ardiente voto.

Vamos á terminar. Repetimos que al hablar de la desaparición de la corona celeste para ser sustituida con la terrestre en la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, considerándola como un milagro, de ninguna manera pensamos prevenir el juicio de la Iglesia, único decisivo en este punto, pero sí, alentar esa pusilanimidad, esa timidez con que se ha hablado en el particular, quizá por temor á la desenfrenada lengua de los incrédulos. Que ellos duden del milagro, se comprende. Zola lo vió en Lourdes con sus ojos, y lo niega ó lo desnaturaliza. Ya Jesucristo había dicho de esta clase de hombres: «aunque los muertos resuciten, no creerán;» (Luc. XVI. 31.) pero que los católicos retrocedan ante el milagro! que tiemblen al frente de lo sobrenatural! verdaderamente no se comprende. Cuando en Lourdes y en Pompeya se está asistiendo al desbordamiento de lo sobrenatural, lo que llama el Señor Gaume un signo de los tiempos, en su opúsculo que lleva ese mismo nombre, cuando la Virgen María se muestra tan pródiga de mercedes maravillosas en otros santuarios: ¿por qué no había de favorecernos á los mexicanos, dejando ver en su Imagen, ya tan portentosa, una nueva maravilla? ¿No es ella muy capaz de alentar á sus amigos, y de mostrar cómo admite sus obsequios, con una fineza verdaderamente maternal? Nó, no retroceda-

mos ante el milagro; antes apresurémonos á autorizarlo.

Es un ardiente voto de nuestra alma, el que muchos piadosos y sabios Prelados procedieran al pleno esclarecimiento del hecho, y á la canónica autorización del milagro. Muy fácil sería reunir, ya en la Villa, ya en la capital, una multitud de testigos que afirmasen, bajo la religión del juramento, haber visto con sus ojos la corona, cuando existía. Los Señores del Cabildo de la Colegiata que la miran cada día, las personas que la visitan á intervalos regulares, los encargados de asear el altar y aún el cuadro más inmediatamente, podrian declarar muy bien en el particular. En seguida vendria un examen pericial, hecho por personas bien competentes, para asegurarse, no tanto de la desaparición de la corona, que es patente, cuanto de lo intacto de la pintura, no mostrando trazas de ratura, ni operación alguna resultante del borrado de la pieza, ni remiendo en el sitio que éste ántes ocupara. Ilustradísimos son nuestros Prelados, é ilustradísimos sacerdotes se encuentran en la capital, peritos en la práctica de esos procedimientos, para poder verificar debidamente con todos los requisitos canónicos los trámites exigidos en el caso, y establecer los precedentes para poder pronunciar un juicio decisivo acerca de la legitimidad del milagro. Así vemos que falló el Obispo de Tarbes en Francia respecto de Nuestra Señora de Lourdes, y están pronunciando algunos Obispos de Italia, acerca de las maravillosas curaciones obtenidas por la intervención de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya.

¡Ojalá y los Prelados á quienes corresponde, tan llenos de piedad y devoción hacia la Virgen de Guadalupe, escuchen nuestra humilde súplica que creemos acorde con los deseos de todos los fieles, y pongan la corona á los portentos guadalupanos, con la autorización canónica de este último que los confirma y los reasume todos!

Virgen de Guadalupe, tú lo inspires para el honor tuyo y la gloria de Jesucristo con él conjunta!

Irapuato, sábado infraoctava de la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe. 1895.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA OCOTLÁN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



005